278.95 SOLM



## MANIFIESTO PASTORAL

DEL

ILMO SEÑOR OBISPO DIOCESANO
SOBRE

# EL PONTIFICADO Y LA UNIDAD ITALIANA

NOS EL DR. DON MARIANO SOLER, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE, OBISPO DE MONTEVIDEO, ETC., ETC.

« Non praevalebunt. No prevalecerán. » Matth. 16, 18.

Al Venerable Clero y Fieles de la Diócesis, salud y bendición en N. S. Jesucristo:

Hemos esperado el tiempo oportuno para decir à los que son enemigos de Italia por serlo del Pontificado, que los compadeciamos en el momento en que ultrajaban la gran institución, rogando por ellos: «Perdónajos, Señor, porque no saben lo que hacen.»

MONS, MARIAND SOLER

BIBLIOTECA

¡Festejar el aniversario de la brecha de Puerta Pia!

¿No saben que es por el Papa y con el Papa que Italia ocupa elevadísimo puesto entre las naciones latinas y en el mundo entero? ¿No saben que Italia puede ser grande, libre y una respetando los derechos del Pontificado; mientras que sin el Papa será una nación sin destinos, al decir de César Balbo? Por eso sentimos compasion por los que celebran la caida del poder temporal, gloria y garantía de la unidad italiana.

Pero vamos á hablar, no por espiritu de controversia y de represalias, pues estamos acostumbrados á disimular los alardes injuriosos de nuestros adversarios, sino para evitar que los menos instruidos caigan en conceptos erroneos; y como quiera que si hay libertad para hacer manifestaciones hostiles al Pontificado con pretexto de la unidad italiana, debe haberla para demostrar que la independencia del Pontificado no solo está lejos de ser incompatible con la Italia libre, grande y una, como lo declaró Leon XIII, sino que ella es la condición de su libertad, grandeza y unidad, convirtiéndola en la nación mas grande é influyente en los destinos de la civilización.

Asi como el hecho de poseer Italia la

Sede del Pontificado la convierte en la nación más gloriosa y querida para el orbe católico, eso mismo hace odiar al Gobierno masónico que redujera á prisión al Padre comun de los fieles.

Y advertimos desde luego que no somos enemigos de la noble Italia, porque ella no tiene la culpa de lo que es obra exclusiva de la revolucion sectaria. El Papa no ha sido puesto en prisiones precisamente por los italianos sus compatriotas; pues saben que es la mayor gloria y el mejor amigo de Italia. Nó; quien puso y detiene en la cárcel al Vicario de Cristo, es la raza que crucificó à este, es el judaismo, que se reviste con el ropaje simbólico de la masoneria, y empuña los mas poderosos cetros y sube á lo más alto de las tribunas y se sienta en las principales cátedras, y escribe y pone á sueldo gran número de diarios y embauca à las multitudes irreflexivas, organizando con todos los enemigos de la Iglesia una conjuración universal.

Sin embargo, no teme la Iglesia esta nueva prueba de la maldad de los hombres: porque ¿qué son 25 años de cautiverio en una historia de diez y nueve siglos? Si el Pontificado no pudo morir en 19 centurias, durante las cuales han bajado á la tumba todas las maquinaciones de los hombres, tampoco morirá en

los siglos siguientes. Si nada han conseguido contra èl las persecuciones antiguas, nada conseguiràn las persecuciones modernas. Si ha triunfado hasta ahora de sus enemigos, sus enemigos de ahora morderán tambien el polvo.

Debemos trabajar en defensa de la Santa Sede, porque somos soldados de Cristo, de quien es Vicario el Papa; y porque es la causa de la religión y de la civilización; pero sin nosotros y á pesar de nosotros y de todo el mundo, saldrá victoriosa de la horrible tormenta y con nuevo esplendor como en todas las persecuciones.

No puede perecer, porque tiene como garantia de su porvenir promesas infalibles. No puede perecer, porque es el edificio inconmovible levantado á la civilización de la humanidad, y durará tanto como esta sobre la tierra, usque ad consumationem sæculi.

### II

Examinemos, pues, la actual unidad italiana formada en nombre del principio de nacionalidad, para demostrar que la grandeza de Italia está en conservar incólume la soberanía territorial de la Santa Sede.

Desde luego nada era mas justo para

Italia que el deseo de romper el yugo de la dominación extrangera.

El interés de la propia conservación en las razas latinas en presencia de la preponderancia de las razas del Norte hacia sentir la imperiosa necesidad de que cesase la servidumbre de Italia.

Pero el deseo de la libertad nacional, sino habia de quedar reducida á un sentimiento patriótico encerrado en un pecho oprimido, necesitaba pensar en el medio de romper el yugo. Italia, lacerada por las disensiones, dividida en múltiples Estados independientes, sin ninguna armonia, devorada por todos los estragos de perpetuas discordias civiles, convertida en campo de batalla de Europa, en palenque de la ambición española y de la codicia alemana y francesa, habia ella misma llamado sobre su suelo á los conquistadores. De tal manera estaba borrado el nombre de la patria italiana que un diplomático ilustre pudo decir en una nota oficial que: «Italia no era mas que una expresión geográfica».

Las discordias italianas, la división italiana, habian producido la esclavitud de Italia; la unidad debia devolver á Italia su libertad; de manera que la primera condición para que Italia fuera libre era que Italia fuera una. La libertad italiana y la unidad italiana fueron por lo tanto, principios inseparables,

palabras sinónimas para todo aquel que tomera interes por tan noble tierra. Hé aqui una causa simpática que todos aplaudieron, pueblos, reyes y pontifices.

Pero ¿cómo debia hacerse la unificación italiana?

¿Era justo, prudente, sensato, era siquiera posible, para crear una unidad estable en Italia, recomponer de nuevo la Italia entera, una è indivisible, suprimiendo Estados y dinastias, arrancando á los principes su autonomía y sobre todo, quitando al Papa la soberanía que desde siglos forma parte como hecho necesario de la constitución tradicional de la Iglesia y condición temporal indispensable para la independencia de la soberanía espiritual del Pontifice?

¿Era, no ya justo, pero ni siquiera propio del mas mediano criterio pensar en una unidad duradera edificándola sobre la abolición violenta de los diversos Estados italianos y su absorción en un Estado único, de forma unitaria, principalmente cuando entre estos Estados se hallaba el Pontificio que es como patrimonio universal de la cristiandad? ¿Era proceder sensato, al constituir la obra peligrosa y dificil de la unidad nacional, arrebatar al Pontificado la ciudad eterna capital del mundo católico, para convertirla en capital de un reino parti-

cular, atentando á los derechos de la Iglesia y poniendose frente à frente de los mas caros intereses del catolicismo. al que por esto mismo se le declaraba

guerra permanente?

Si el principe de Bismarck, en vez de levantar el nuevo Imperio germánico sobre el principio de la confederacion, lo hubiera edificado con arreglo al sistema seguido por la revolución en Italia, aunque el Rey Guillermo de Prusia se hubiese ceñido en Versalles entre inauditos triunfos la diadema de emperador de Alemania, y sus sucesores pudieran reproducir en el transcurso de varias generaciones las mismas glorias nacionales, todavia la unidad alemana, asi constituida, no seria unidad estable.

Con mayor motivo pues, son de es-perarse pavorosos desquiciamientos sobre el nuevo reino de Italia, sobre todo al reusarse á la reconciliación con el Papa, poder inmortal como la Iglesia y el catolicismo.

Sin enbargo, Italia tenia un medio legitimo de conquistar à un tiempo su independencia nacional y la libertad en las instituciones del gobierno interior de sus Estados. Este medio único consistía en levantar la unificación italiana sobre la base de la confederación, como lo hizo Alemania; pues acaso en ninguna época se mostraron las cosas mas propicias que entonces para llevar á cabo esta obra de sensatéz y patriotismo. Habia desaparecido el antiguo y excesivo fraccionamiento de su territorio en soberanias independientes: las antiguas rivalidades y discordias civiles no bullian ya en el corazón italiano; todos los Estados se prestaban á la formación de estaliga, que devolvia á Italia su unidad, si no del trono, la mas preciosa de los intereses y de los sentimientos comunes, la unidad de bandera, de ejércitos, de diplomacia, de aduanas y de alta administracion, la unidad nacional, como la del gran Imperio germánico.

Y no solo existia la buena disposición de los Estados, sino que tenia de antemano resuelta la dificultad mas delicada y compleja que puede presentarse en la constitución de las confederaciones, la dificultad de la preeminencia. Mientras en los Estados Unidos de América para resolver este punto no hubo otro remedio que edificar una nueva ciudad, que fuera residencia del gobierno central; pues Washington, la ciudad reina, nació de este conflicto de preeminencias; para los italianos sin embargo, se lo brindaba resueito la Providencia: el Pontificado, asentado sobre aquella tierra privilegiada; el Pontificado con su eterna y grandiosa misión en la tierra, el Pontificado que guardaba y representaba à Roma, capital de la cristiandad, y hacia del Papa• un principe electivo de Italia, rey pequeño y débil en el orden temporal, sin ambiciones de conquista, pero coloso sin igual en el órden de la autoridad moral, constituia el poder mas á propósito que jamás conocieron los hombres para ponerlo al frente de la confederación italiana. Mientras el Piamonte, colocado entre Alemania y Francia, que se disputaron el dominio de Italia, parecia como la espada destinada à ser la guardiana de la independencia de Italia.

Y en verdad, apreciando estos grandes é inestimables elementos sociales y políticos que en su patria hallaban para la unidad nacional con la confederación, los mas ilustres pensadores de Italia se declaraban de unánime parecer

sobre este punto.

Hugo Fóscolo decia: «Los italianos queremos y debemos querer con toda nuestra alma que el Papa soberano, supremo tutor de la religión, principe electivo de Italia, no solo subsista y reine sino que reine siempre en Italia y defendido por los italianos..... hemos olvidado la sobrehumana fortaleza de aquel gran Pontífice, Grego rio VII, que hacia consistir la dignida d temporal de la Iglesia en la independencia de las ciudades italianas, y por tanto en la confederación de estas, el apoyo mas seguro de sus

pastores».

Gioberti decia á su vez: «La redención de Italia es imposible alcanzarla sin el concurso de las ideas religiosas. La Peninsula no puede ser una, libre y fuerte si Roma, su centro y cabeza moral no conquista derechos políticos. Se han frustado hasta ahora todas las tentativas, porque al ponerlas por obra no se han tenido en cuenta las creencias comunes. La religión es la base del genio nacional; Roma es la metrópoli moral y política de Italia; la sola organización hoy dia posible en Italia es una confederación de principes, presidida por el Pontífice».

Daniel Manin y el célebre Cesar Balbo reproducian estos sentimientos viendo en el Papa la gloria perpetua, la antigua y constante tutela, la nueva espe-

ranza de la nación Italiana.

Demasiado conocidas son las ideas de Peregrino Rossi, asi como se sabe que Pio IX acogió lo que tenian de noble estas ideas patrióticas sobre la libertad de Italia, haciendo en su favor cuanto á un pontífice le era dado hacer, y la nación se estremeció al grito de ¡Viva Pio IX! y Roma y el Pontificado fueron mirados como el corazón de la confederación italiana, y como su espada el Piamonte.

Dias de grandes y halagüeñas esperan-

zas fueron aquellos para Italia: todo parecia anunciar que se iba á formar alli un vinculo estable y fecundo de unidad nacional; que la patria italiana iba á ser una y libre para siempre, porque al operar la transformación mas gloriosa de su historia se respetarian en ella todos los intereses legitimos; los derechos y libertades de los pueblos, como los derechos de los gobiernos, los derechos del catolicismo, no menos que los derechos de la patria italiana.

#### III

Grande hubiera sido Italia, sólida su verdadera unidad, aun mas sólida mil veces que la nueva unidad del Imperio germànico, si sabiendo aprovechar los grandes elementos y los inapreciables tesoros sociales que encerraba, hubiera seguido el camino que parecia indicarle la Providencia. El Papa, á un tiempo rey primado de la Italia confederada y Jefe Supremo de la Iglesia; Roma á un tiempo capital de Italia y capital y centro comun del catolicismo, hubieran comunicado á la nueva situación el sello de magestad y grandeza que el Pontificado imprime sobre todo aquello que se pone en contacto con la poderosa fuerza constituyente de la soberania moral del mundo civilizado.

Pero en lugar de tan generosas concepciones, acariciadas por no pocos hombres de Estado, Cavour y Mazzini, víctimas del espíritu revolucionario y de la masoneria, se encargaron de unificar à su patria de la manera mas contraria á las tradiciones y á los dictados de una política sensata; el uno en nombre de la casa de Saboya y el otro en nombre de la república una é indivisible; y pidieron al Papa lo que jámas podrá otorgar ningun Pontífice: se le pidió que renunciara al poder temporal, garantia de su soberanía espiritual y que se convirtiera en instrumento de la anarquia y de la revolución; y como à ello se negara el gran Pio IX, se hizo guerra al Pontificado y comenzó la vergonzosa tragedia.

Lo que pasara en aquella época lo sabemos todos: suceso que por lo enorme y terrible, parece un sueño. Colocándose desde el primer paso fuera del derecho de gentes, la unidad italiana ha parecido como obra estraña á la civilización y no regida por las leyes comunes. La insurrección violenta, las violaciones è invasiones del territorio en plena paz, el sufragio universal invocado en medio de la guerra por ejércitos invasores para sancionar todas las iniquidades, tales han sido los procedimientos, ademas de faltar á las promesas y pactos contraidos, que se siguieron para unifi-

car la Italia. En todo tiempo se reprobaron estos actos como usurpaciones é indignidades inícuas. Y ¿qué no hubiera dicho el liberalismo al tratarse de la causa católica, contra esta manera hipocrita, perfida é indigna de conseguir los fines?

Tales iniquidades y otras mayores han sido el pedestal de la unidad italiana. Los hombres que la han levantado, poco se cuidaron de respetar derechos y tradiciones ni las necesidades seculares del catolicismo y de la patria italiana, que es la mas religiosa del mundo.

Por fin, la casa de Saboya, se ha ceñido la diadema del reino de Italia. El rey del Piamonte hoy rey de Italia, se ha alojado en el Quirinal, y el anciano que ciñe la tiara se ha refugiado en el Vaticano. Pero aunque ahora los cesares de Saboya se titulan reyes de Italia, la corona de la verdadera magestad romana continua ciñendo la frente de los Papas, que hubieran sido el mas firme pedestal de la unidad italiana legitima; pero que se ven en adelante reducidos por su propia misión á protestar contra la unidad revolucionaria que alli se ha hecho y que no será sólida mientras no se reconcilie con la soberania del Pontificado.

Italia abdicó su genio, renegó de sus glorias y grandezas cristianas, vendió à la revolución el principio de vida de su nacionalidad en los tiempos cristianos, «la única grandeza que permanece viva sobre aquel suelo,» como decía Gioberti. Vendió el Pontificado á la revolución, y la revolución le dió en cambio una unidad violenta, que es una caja de Pandora, ya entreabierta y que va á derramar todos los males y horrores sobre la noble Italia.

Qué desacierto! ¿Cómo podrá defenderse la reciente monarquía italiana contra tantos peligros, cuando no solo se ha divorciado de la Iglesia, el más poderoso y enérgico de los elementos conservadores, sino que para mantener sobre sus sienes la nueva diadema, tiene que sostener lucha terrible con esa misma Iglesia, que no se ha de resignar á ver á su jefe espiritual convertido de soberano en súbdito y trocada en vasallaje la independencia de que antes disfrutaba como soberano para regir por el orbe los intereses católicos?

Nadie puede preveer cuales serán las alternativas de esta lucha; pero bien dure una ó dos generaciones, bien sea una lucha secular, como la que durante la Edad Media riñeron los Papas con los emperadores de Alemania, la experiencia de las edades pasadas acredita que, mas tarde ó mas temprano, el triunfo ha de estar del lado del Ponti-

ficado. Y aunque el nuevo reino de Italia implore los auxilios y la espada de cesares protestantes y cismáticos, el Pontificado que desalojó de Roma á los césares imperiales, y se hizo respetar por los bárbaros y vió prosternarse á sus pies á Pipino y á Carlo Magno, y al mismo Napoleon, que venció á los emperadores de Alemania, y que, superior á las mas pavorosas tormentas, indestructible como un peñasco, permaneció solo en pié en medio de Europa, cuando tres veces en la sucesion de los siglos se mudaba la faz del mundo; que ha visto formarse y desaparecer los tronos y dinastias mas seculares; el Pontificado, institucion hoy la mas vieja y por su vitalidad la mas joven, será asimismo mas fuerte que la casa de Piamonte. Lo fia la historia.

La misma Roma dirà à los reyes de Piamonte que alli hubo césares tan omnipotentes como Diocleciano, que sin embargo, cuando todavia no habian transcurrido dos siglos desde la crucifixion del humilde pescador de Genezaret, primer principe de la dinastia papal, declaraban ya que «era preferible tener un competidor al trono del imperio, mejor que un Papa en Roma.» Le dirán que alli hubo emperadores tan gloriosos como Constantino, que no descansaron hasta salir del recinto de

aquella augusta ciudad que les parecia mas una sede pontificia que la cabeza del imperio; le dirán en fin, que emperadores gigantes, colosos de poder como nunca los ha conocido el mundo, césares mayores que los de Cerdeña, reinaron tambien en Roma y tuvieron à Roma por capital de su imperio; y, que sin embargo á pesar de tantas grandezas, abandonaron la ciudad reina del mundo para dejar en ella sitio al humilde sucesor de Pedro. Y los sig!os, al pasar, han conservado sobre las colinas romanas aquellos esqueletos y grandiosos fragmentos de los palacios de los Césares y de los monumentos triunfadores del pueblo rey, para que contesten à quien sepa consultarlos: «Los Césares se fueron y no volverán á la ciudad.»

Y los césares se fueron de aquella ciudad, y desde entonces no pueden vivir en ella para que el Papa sea tambien soberano perfecto en el orden temporal. Sin duda alguna, el poder espiritual es la potestad esencial en el Romano Pontifice y el poder temporal una condición accesoria; pero ese accesorio es necesario, y el apoyo y complemento de la soberania espiritual, la condición externa de su independencia. La soberania temporal es necesaria para que sus decisiones esten libres de toda presión exterior, libres de las imposiciones de los césares

como de los tumultos populares; es necesaria en sus relaciones con las demas potencias, porque los soberanos dificilmente reconocerian por gefe espiritual al súbdito de otro soberano. La reclaman tambien la unidad y buen gobierno de la Iglesia, porque los intereses mas fundamentales y el gobierno supremo de ese inmenso cuerpo no pueden estar entregados al arbitrio y facultades discrecionales del poder soberano que gobierne el pais donde el Pontifice resida.

Por eso el mundo católico tiene, no solo el derecho, sino el deber de exigir que su gefe supremo sea libre é independiente; y con el mundo católico, todos los siglos han comprendido que el Papa no puede ser independiente y libre sino es pontífice y rey al mismo tiempo; «la cristiandad, como dice Gibbon, obligó à los Papas á ser reyes,» y constituyó en el seno mismo de los siglos bárbaros la soberanía temporal de los Pontífices, que ha conservado religiosamente á pesar de todas las vicisitudes y revoluciones de la sociedad europea.

El Piamonte, por tanto, destruyendo hoy por la violencia esa obra secular de la cristiandad, se ha puesto frente á frente de los intereses mas sagrados del mundo católico, colocando á toda Italia en una posición falsa y precaria. En vano pretendió satisfacer la conciencia

de los fieles promulgando la famosa ley de garantías que afianzara la indeperdencia del Pontifice; pues muy pronto los acontecimientos demostraron que tales leyes no podian ser mas que fianzas ilusorias é hipocresias insignes, y que la soberanía territorial es la única garantia eficaz para la independencia pontificia. Todo el mundo comprende que la obra que se ha edificado en Italia por la revolución ha sido desacertada y está en contradición con el órden cristiano; que el catolicismo y la unidad italiana, tal como está hoy constituida son incompatibles y no podrán subsistir, «hasta que, al decir del ex-ministro Bonghi, una soberania territorial sea señalada al Pontifice,» como en efecto se verán obligados á hacerlo los italianos que aman verdaderamente á Italia y desean sostener la unidad nacional.

Inútil seria citar los innumerables testimonios de historiadores, filósofos y estadistas, asi en favor del poder temporal, como de que la actual unidad italiana es incompatible con el catolicismo. Nada mas claro, nada mas legítimo que el origen del poder temporal de los Papas; nada mas extraordinario que su perpetuidad y duración; nada mas justificado que la necesidad de su existencia. La necesidad del Papa soberano temporal se impuso como hecho necesario en

la historia desde los tiempos de Roma pagana y se impone igualmente como hecho necesario en el siglo XIX, y se impondrá en todas las edades mientras

el catolicismo esté en pié.

Por esa necesidad de la constitución cristiana los Papas son reyes y su corona es la mas antigua que hoy conoce Europa. Por esa necesidad los Césares imperiales salieron de Roma para Constantinopla; por esa necesidad, á pesar de tres siglos mortales de caos y desquiciamiento sin ejemplo, ninguno de los reyes bárbaros invasores y conquistadores del reino de Italia, pudo levantar trono en Roma, la capital codiciada, y unos tras otros tuvieron que llevar su corte á Milan, á Pavia, à Rávena y demas ciudades de las provincias italianas.

Por esa necesidad Pipino, Carlomagno y la condesa Matilde hicieron sus
donaciones; por esa necesidad el cuerpo
gèrmanico, que se llamaba el Santo Imperio Romano y que arrastrado por la
ambición de sus emperadores queria
dominar en Italia y Europa, como único dueño, salió vencido en la memorable lucha del sacerdocio y del imperio.
Por esa necesidad tras de las conquistas
y desvastaciones de los ejércitos de la
república una é indivisible, surgió de
nuevo el Papa-Rey sobre las ruinas de
la república romana y de la dominación

napoleónica; por esa necesidad en fin, los césares de Piamonte tendrán que imitar á los césares romanos que emigraron á Bizancio, y á los reyes bárbaros que buscaron otras capitales, Florencia, Milan ó Nápoles. ¿Cómo ha de consentir el catolicismo el violento despojo del poder temporal que, si no es un dogma, es la condicion necesaria para afianzar la independencia de su Jefe espiritual? ¿Cómo han de consentir los pueblos que se suprima la autoridad augusta que los saco de la barbarie y levanto por el orbe la constitución cristiana de las naciones civilizadas?

El catolismo no se ha dejado engañar por el principio proclamado por Cavour de que el Papa no necesita del poder temral para la independencia de su autoridad espiritual al ser sustituido por garantias legales; pues ¿quién no comprende que son ilusorias desde que dependerian del arbitrio de un Parlamento, que las puede alterar cuando le parezca conveniente? El catolicismo ha protestado con el Papa y mantiene su protesta; y esta protesta católica es el peligro mas grave, la amenaza mas terrible que pesa sobre la Italia legal y sectaria. Si persiste, la Iglesia llorarà tiempos (un siglo ó dos quizás) de lucha y sufrimientos; pero Italiairá irremisiblemente á su perdicion, sino devuelve al Papa su autonomia è independencia; lo que hará sin duda alguna, apenas se vea libre de la oligarquia masónica dominante por el momento.

#### IV

Para conjurar tan inminentes peligros, el gobierno sectario de Italia busca apoyo y contrae estrechas alian. zas con los enemigos del catolicismo, hoy capitaneados por el nuevo Imperio germánico; y funda sus esperanzas en el desquiciamiento de Francia por el radi. calismo revolucionario, ó en la ruina de aquella nación por ejércitos prusianos. No puede darse mas triste y misero espectáculo que el de una nación extraviada de sus propios destinos, divorciada de sus seculares intereses de raza, separada de sus naturales aliados y lanzada aventurera á todos los azares de una lucha, en la cual si otros vencen, ella no puede recoger sino magnos descalabros: este espectáculo se prepara á ofrecerlo Italia, sino sacude la imposición de las sectas. Busca la alianza alemana, v Alemania por ahora aceptará sin reparo sus ofertas y la explotará con gusto mientras no se trate sino de la primera parte del drama, es decir, de la ruina de un adversario poderoso; pero conseguido su intento, cuando ya no

necesite de Italia para nada, bien puede ser que triunfante se dirija contra ella,
y la oprima y envilezca con mas furia y
vigor que hizo en lo pasado. El gobierno
italiano tiene olvidado sin duda que los
emperadores de Alemania no se creian
emperadores hasta ser coronados en
Roma y que el cuerpo germánico no
ambicionaba mejor titulo que el de Sacro romano Imperio de Occidente; pero
Alemania para realizar sus proyectos de
dominacion se acordará de esto y de
muchas mas cosas si fuera menester.

La Italia oficial se ha divorciado de Francia, à quien tanto debe; se ha hecho enemiga de Francia y firma pactos de alianza estrecha con los mortales enemigos de esta nación; Italia espera y desea que en la empeñada contienda ha de salir humillada y deshecha la noble y providencial nacion de los francos. Grandemente se equivoca si asi lo cree: Francia no puede perecer. Quizás no ha habido siglo alguno en la historia moderna en que por un momento no se pudiera creer que Francia iba à quedar para siempre desmembrada y destruida. Grande era en el siglo XVI el imperio de Carlos V: temian entonces con razon. las naciones que se constituyera en Europa la monarquia universal. Flacas eran las fuerzas de Francisco I comparadas con las de su poderoso y activo rival. Sin embargo Francia contuvo por entonces á la casa de Austria, y mas tarde Richelieu partió en dos mitades el poder de aquella temible comenta

der de aquella temible corona.

A principios de la centuria pasada, cuando tan terribles y repetidos desastres destrozaron los altivos ejércitos de Luis XIV ¿qué esperanzas no concibieron las potencias enemigas de poder desmembrar el reino de Francia? Todo sin embargo, cambió en un instante de aspecto; la corona de España quedó en la casa de Borbon y Francia concluyó la lucha aumentando su territorio. En nuestro siglo ¿qué no podia en este sentido prometerse Europa, coaligada y vencedora en Waterlóo y llenando à Paris de sus ejércitos triunfadores? Y sin embargo en este mismo siglo, de nuevo hemos visto á Francia árbitra de los destinos de Europa.

Ahora tambien, que las armas francesas han sufrido inauditos desastres y la capital ha tenido que capitular ante el enemigo invasor, y el rey de Prusia se ha coronado emperador de Alemania en los mismos palacios de Luis XIV, parece natural creer en la ruina de Francia y confiar en que ha concluido para siempre su preeminencia en Europa; pero desgraciada la nacion que especule y funde sus planes sobre esta esperanza vana: Francia no ha perecido!

No juzguemos tampoco de los destinos de la nación francesa por los delirios y continuadas crisis sociales que en ella produce la revolución; como sucede también con respecto à la Italia oficial y masónica: seria juzgar de un hombre sensato por sus delirios en un acceso de fiebre. Si hoy la anarquía interior divide à los francos y produce desvarios y delirios en los mas fundamentales asuntos de la gobernación de su Estado, cuando llegue el fin de las revoluciones, porque nada violento es perdurable, Francia se erguirá mas católica y fuer-

te que nunca.

Si, pues, la Italia oficial quiere evitar tan peligrosos destinos, si quiere desvanecer esas nubes de tormenta que ya oscurecen los horizontes de la hermosa Península, maniatada al carro de la masonería, desista del loco empeño de mantener su unidad á costa de la independencia del Pontificado. Comprenda que sus intereses no son otros que los católicos; que sus destinos la llaman á militar en las filas de los pueblos latinos, y que ella, raza y nación latina, unicamente hallará grandeza y volverá à su antigua preponderancia si, en el choque teutónico y eslavo contra el cuerpo latino, no queda deshecho el equilibrio europeo por la invasión de las razas del Norte.

Si; à los Estados de Italia con el Papa les corresponde ocupar elevadísimo puesto entre las naciones latinas. Si su fuerza y elementos de poderio no les dan el lugar preeminente en el órden del dominio material, en cambio por las grandes tradiciones de su nobilisimo suelo, y sobre todo por encerrar en su seno al Pontificado, base esencial del edificio europeo y clave de la cristiandad, les corresponde el primer puesto moral entre las naciones cristianas. Pero ¿cómo no ve Italia que sin el Papa, es una nación sin destinos; y que al colocarse frente à frente del Pontificado y del catolicismo entero, es nación destinada á carecer de estabilidad y grandeza?

Puede Italia ser grande, libre y una si respeta los derechos del Pontificado y solo à esta condición lo será. Inapreciables servicios han prestado en todo tiempo los Papas à la libertad é independencia italiana y es negra ingratitud no reconocerlo. En los dias de la lucha del sacerdocio y del imperio, cuando los emperadores de Alemania querian resucitar el Imperio de Occidente con el nombre de Sacro Imperio Romano, «los Papas, gefes naturales de la asociacion italiana, al decir de De Maistre, y protectores natos de los pueblos que la constituian, presentaron su indomable

resistencia al renacimiento en Italia de ese poder nominal, que ni era sacro, ni imperio, ni romano, y que no se proponia, sino esclavizar à toda la Peninsula italiana; pero ese imperio al fin sucumbió.» Hoy tambien el Pontificado, respetado en sus derechos, podria comunicar à la unidad italiana, la solidez y grandeza que tanto necesita, y el catolicismo entero tendria puestos sus intereses mas altos en que Italia se mantuviera libre. independiente y unificada. Estos son los votos de los que verdaderamente aman à la nobilisima Nacion Italiana. Estos son los deseos del gran Leon XIII, el mas grande patriota italiano y la mas grande gloria de Italia; estos son los votos del catolicismo.

Y en verdad, ¿qué mayor bien y qué mayor grandeza podría desearse para Italia? Estos votos se realizarán sin embargo, porque no ha de ser esa hermosa nación presa eterna de la masonería...

¿Deberémos inclinar la frente ante el hecho consumado, como si el hecho consumado fuese eterno? Nó; y mil veces no. Semejante creencia solo podria compararse con la del ignorante que, al ver oscurecerse el sol en un eclipse, creyese buenamente que el astro del dia no volverá á lucir sobre la tierra. Las cadenas de los Pontífices se

han convertido siempre en coronas de triunfo y honor. Sus enemigos no prevalecerán: non prævalebunt!

#### V

Pero no seamos injustos y reconozcamos que de algunos años á esta parte se nota en Italia una tendencia irresistible á buscar un medio de poner fin á la cuestión romana reconciliándose con el Pontifice, como lo declaraba poco há el señor de Amicis; quien respecto de Crispi decia que bien podria ir á Canosa, no porque fuera capaz de convertirse, sino por conveniencia política, como lo hiciera Bismark.

El importante diario «La Nacion» de Florencia, decia: «Que se ha revelado un movimiento para buscar una inteligencia del Estado con la Iglesia, seria locura querer negarlo. El movimiento existe y nuestros políticos caerian en error peligroso si cerrasen los ojos para no verlo ò para negarlo.» Hasta el diario tantas veces ministerial del célebre judio Arbid, dice: «La Italia verdadera, la Italia real està con el Papa, sigue con el Papa y espera en el Papa. Ved como las Iglesias están atestadas de gente y como están desíertas las salas electorales! ¿Y sabeis porqué? Porque no creen

en vosotros; porque os juzgan un Gobierno transitorio destinado á perecer».

Por mucho que griten los periódicos masónicos de la Italia legal, no podrán apagar las protestas de los italianos en favor de la Santa Sede, ni podrán convencer á nadie de que le es hostil el sentimiento nacional. Hasta los liberales mas sensatos buscan un modo de salir del conflicto y comprenden que la felicidad de Italia está en hacer las paces con el Sumo Pontífice, y dicen con el diputado liberal Aquiles Fazzari: «no hay otra salvación ni otra esperanza sino la sincera reconciliación con aquel que no se deja vencer por nadie en amor á la patria italiana».

Los periódicos liberales y masónicos sostienen lo contrario, pero casi todos están subvencionados por los enemigos del Papa y no hacen sino expresar el sentimiento de las sectas, no el del país.

Es indudable que si la cuestión romana no se resuelve de inmediato, débese tan solo à los esfuerzos de las sectas que han entronizado su influencia en el Quirinal. Pero tales esfuerzos resultarán inútiles à la postre, porque el pue blo italiano concluirá por arrojar de si à los hombres que la esclavizan bajo la bandera de la libertad, y recurrirá al Papa, su gran protector desde siglos,

para que este en su alta prudencia y reconocida generosidad, proponga la fórmula que resuelva la cuestión romana y haga cesar la agitación del mundo católico.

Esto es lo que desean todos los hombres de buena voluntad, no vendidos á la masonería. Desean que sin efusion de sangre, sin trastornos internacionales, por la voluntad de los mismos despojadores, se dé la satisfaccion que este necesita y exija en concreto, y pacificamente termine el conflicto, cuyo fin tanto nos importa á los que llamamos Padre al ilustre cautivo de la revolución italiana. Lo deseamos todos los que pertenecemos á la raza latina, por el bien de la noble y gloriosa Italia, por el bien de todos los pueblos latinos y por el de la humanidad, al tratarse de la mas grande potencia moral y conser vadora de las sociedades y de la civilización.

Seria necesario ignorar la historia para perder la esperanza; la situación de los Papas ha sido muy triste en muchas otras ocasiones antes del siglo XIX y después de la era de las persecusiones.

El poder temporal se ha visto con frecuencia usurpado. Liberio fué expulsado de Roma, y en el destierro halló la muerte à Silverio y à Marcelino. León Ill tuvo por càrcel la ciudad de Espoleto: León V pasó del trono á la prisión; Juan XII y su sucesor del mismo nombre, viéronse en la precisión de abandonar la ciudad eterna; Benedicto V fué conducido á Alemania; Benedicto VI fué asesinado y á Juan XIV se le dejó morir de hambre ; Gregorio V, Benedicto VIII y Benedicto IX tuvieron que dejar Roma y León JX fué destronado; Gregorio VII murió desterrado y Victor III no pudo entrar en Roma; Pascual II cayó en poder de sus enemigos; Gelasio, Eugenio III y Alejandro III tuvieron que huir de Roma; Urbano III y Gregorio VIII ni siquiera pudieron entrar en ella; Lucio III; Gregorio IX, Inocencio IV y Alejandro IV buscaron hospitalidad fuera de Roma; Bonifacio VIII fue hecho prisionero y sus sucesores vivieron en el cautiverio de Avignon setenta años. Juan XXIII é Inocencio IV huyeron de la capital de sus dominios: Alejandro VI y Clemente VIII fueron sitiados en el castillo de Santangelo. Ha habido tambien multitud de cismas y de anti-Papas; y sin embargo de todas estas pruebas salió triunfante el Pontificado, y el poder temporal arrebatado á algunos Pontifices, fué restituido à sus sucesores.

Estas lecciones de la historia nos han curado de todo espanto; y si parece hoy peor que nunca la situación del Pontificado, débese entender que cuanto mas avanza y mas oscura se hace la noche, mas cerca está la aparición de la aurora.

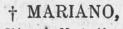
El Papa gime en prisiones morales, mil veces mas dolorosas que las de hierro; pero sin género de duda, los Pontifices saldrán un dia del encierro del Vaticano para ostentar libremente en Roma los simbolos gloriosos de su soberanía temporal.

Aun humanamante mirándolo, este resultado no se percibe muy distante; la impiedad no puede hacer nada de nuevo en contra del Pontifice; ya no hay mas armas que esgrimir ni mas resortes que tocar, ni mas recursos de que valerse; mientras León XIII ha agobiado con su genio á todos sus enemigos y ha visto la dilatación de la Iglesia y el triunfo del catolicismo en todas partes, cual presagio venturoso de la mas brillante victoria.

Próximo está el dia, en que se quebraran en cien pedazos las cadenas que oprimen á los Vicarios de Cristo, y estos, libres las manos, las elevarán al cielo para atraer sus bendiciones sobre la tierra, pues es así como se vengan; mientras bajo la cúpula gigante de San Pedro se entonará el Te Deum de la ale-

gria y del triunfo para la noble Italia, para el Pontificado y para la civilización.

Dado en Montevideo el 21 de Setiembre del año del Señor mil ochocientos noventa y cinco.



Obispo de Montevideo.

